

CAPITULO III.

Amor y dichá.



OLON profundamente conmovido, tuvo que interrumpirse.

Dos lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas.

Los ojos de su hijo se humedecieron también, y como impulsados ambos por un mismo sentimiento, abrazáronse y quedaron inmóviles por algunos segundos.

—¡Hijo mio, hijo de mi alma! exclamó al fin Colon. Lloras al oír hablar de tu santa madre, y mientras que con lágrimas das desahogo á tu pesar, con tiernas caricias das consuelo á mi dolor... ¡Hijo mio, hijo de mi alma, bendito seas!

El prior, también dolorosa y profundamente conmovido, contempló á aquel grupo sin pronunciar una palabra.

¿Qué habia de decir?

Todo hubiera sido pálido y frio en aquellos instantes, en que todo era sentimiento, ternura y amor.

Aún no habia manifestado el viajero cuáles eran sus planes, cuál el objeto de su constante afán, y por conocerlo tenía gran prisa el religioso; pero ¿cómo atreverse á interrumpir los desahogos del corazón de aquel hombre, cuyos sufrimientos estaban pintados tan claramente en su noble semblante?

Por esto dominó su impaciencia el anciano y esperó.

Colon se desprendió al fin de los brazos de su hijo y esforzándose para recobrar la calma, dijo:

—Si fueseis otro que no tuviese un alma tan grande y tan generosa, mi respetable padre, os pediría perdón porque ocupó vuestra atención con lo que á muy pocos interesa, haciéndoos perder un tiempo que tal vez necesitáis ocupar en graves asuntos; pero á vos no os lo pido, porque estoy seguro de que no os enojo....

—Sí, se apresuró á responder el prior, proseguid como habeis empezado, que en vez de enojarme, os agradezco la prueba de confianza que me dais, dejándome ver vuestro corazón, y si ocasiones me dais en que prestaros consuelo y aliviar vuestras desgracias, será más grande mi satisfacción.

—Gracias, padre mio....

—Proseguid; que ya os escucho.

Así como en todo he visto siempre á Dios, y en todo he admirado su prodigiosa obra, así en Dios solamente he buscado siempre el consuelo á mis amarguras, y diariamente visitaba los sagrados templos, donde pasaba algunas horas orando fervorosamente.

Desde los primeros días de mi estancia en Lisboa, acostumbraba á asistir á los divinos oficios á un convento de religiosas, donde, por circunstancias que no son del caso en este momento, llegué á ver á una jóven que se educaba allí.

Ni ella habia pensado profesar, ni su familia se lo habia indicado tampoco.

Su padre, noble italiano al servicio de Portugal, habia tenido que emprender un largo viaje marítimo, y habia depositado allí á su hija para que cuidasen de ella hasta su regreso.

Las virtudes de la jóven eran más apreciables aún que su belleza, y su belleza era un verdadero prodigio, que no podía admirarse con indiferencia.

Su nombre era Felipa de Pallestrello.

Separada de su padre, sin parientes ni amigos, en tierra extraña como yo, y como yo tambien pobre, nos amamos con inmensa ternura, y tal vez tanto más, cuanto era más parecida nuestra situacion.

No habia experimentado las desgracias que yo; pero en su aislamiento habia sufrido, porque su corazon sensible necesitaba afecciones y no tenia más que la de su padre, de quien estaba separada casi siempre.

A su madre apénas la conocia, por razones que despues os diré.

Ningun incóveniente se oponia á nuestro amor, y como ambos necesitábamos consuelo, decidimos hacer comun nuestra suerte y sufrir ó ser dichosos juntos.

Nuestro deseo se vió bien pronto realizado, y ni en aquellos primeros dias de mi felicidad, ni despues tuve que arrepentirme de mi determinacion.

Escasísimos eran nuestros recursos; pero ¿qué importaba?

Desconocíamos la ambicion y nuestras almas estaban satisfechas con nuestra misma ternura.

¿Necesitábamos algo más para considerarnos completamente dichosos?

No pasaba dia, no pasaba hora sin que yo diera al Omnipotente infinitas gracias, y sin que mirando á la sociedad, no le preguntase:

—¿Por qué dices que no es posible la felicidad completa en esta tierra de desdichas?... Contéplame, mundo, y reconoce tu error.

¡Ah! Sin la fe, ¿qué seria la vida?

Mi alma estaba llena de fe; yo creia, esperaba; aquel sentimiento amoroso que habia despertado Felipa en mi corazon

no me dejaba tiempo ni espacio para pènsar que nuestra felicidad no debia ser nuestra solamente.

Cuando logré alcanzar la confianza de aquel ángel; cuando se convenció de que mi amor era verdadero, de que aspiraba á ser su esposo, á consagrarle toda mi vida, cuando despues de vacilar me comprendió y me amó, ¡oh! entónces mi inteligencia, entregada á la ciencia, cedió el dominio de mi sér á la imaginacion, el sentimiento, y fui feliz, sí, padre, muy feliz.

Felipa guardaba en su corazon un secreto doloroso

Este secreto pertenecia á sus padres, á los que debia el sér, á los que amaba con toda su alma, y la melancolía que se veia en su rostro, aumentando su celestial belleza, demostraba bien claro que aquel secreto le pesaba, que necesitaba confiarlo al hombre que habia alcanzado su cariño; pero que temia, porque para confiárselo necesitaba acusar á sus padres.

Estaban separados.

Se habian unido con verdadero amor; de su union habia nacido Felipa, y la hermosa niña habia aumentado su ventura.

Guido de Pallestrello, que así se llamaba el autor de sus dias, era militar.

Honrado, pundonoroso y valiente, tenia un defecto; era muy susceptible é iracundo.

Con estos elementos, fácilmente se comprende que las pasiones llegasen á dominarle, que los más delicados sentimientos se trocasen en su alma en vehementes pasiones.

Su condicion de militar le obligaba á pasar algunas temporadas fuera de su hogar.

Un dia, al volver inesperadamente, vió salir de su casa á un criado con librea.

Suspica en extremo, subió de prisa las escaleras, llamó

con estruendo á su casa, y cuando su cariñosa compañera fué á tenderle los brazos para darle la bienvenida:

—¿Qué ha venido á hacer, exclamó con acento desesperado, ese lacayo que he encontrado á la puerta?

Aquella pregunta, hecha en un tono de reconvencion, la asustó; porque, en efecto, el lacayo habia ido á llevarle un ramo de flores y una carta, que un alto personaje, prendado de su belleza, le enviaba.

La honrada esposa habia despedido al lacayo arrojando las flores y la carta para que las recogiese.

El lacayo partió.

Guido vió sobre el pavimento el ramo y el billete, leyó aquellas líneas, trazadas en un momento de abandono por la mano de un noble y poderoso señor desocupado, y aunque su esposa no era culpable, los celos le cegaron, obligándole á tomar una resolucion desesperada.

Abandonando su hogar con un resplandor siniestro en los ojos y el sentimiento de la venganza en el corazon, buscó al hombre que se habia atrevido á mancillar su honra, le provocó y tuvo la desgracia de matarle en buena lid.

Horrorizado de su obra, en vez de volver á su casa, corrió á la campiña; su hija Felipa, muy niña aún, convalecía de una enfermedad al lado de una familia de *contadini*, ó aldeanos; se apoderó de ella, y escribiendo á su esposa una carta en la que se despedía para siempre de Italia, le anunció que se llevaba á su hija.

En cambio le dejó un hijo menor que Felipa, y aquel niño, hombre ya y verdadero hermano para mí, vive en España, no lejos de estos sitios, y espero verle, porque mi corazon me dice que ha de ofrecer verdaderos consuelos á mi abatido espíritu.

—Pero la madre de vuestra esposa, que era inocente, ¿no

buscó á su marido? preguntó el prior, à quien la historia de Colon interesaba en extremo.

—La inocencia es altiva cuando la culpan sin razon, y aunque su pena fué muy grande al verse separada de su hija, aguardó confiada la hora de la justicia, y buscó consuelo á sus amarguras en su hijo Beppo, niño entónces de tres años, y que como su buena madre me ha referido despues, pareció comprender su desventura, á pesar de su corta edad, y sentir para ella, ademas de su amor, el de su padre y el de su hermana.

—¿Y el padre de Felipa?

—Se encaminó á Portugal, y no tardaron en hallar empleo su valor y su pericia militares. Nacido en Italia y en un puerto de mar, era ademas marino: Portugal le acogió con entusiasmo, y Guido, despues de confiar su hija á unas monjas para que la educasen en el santo temor de Dios, se hizo á la vela, formando parte de una de las infinitas y audaces excursiones de los portugueses en busca de lo desconocido.

Al volver de su primer viaje halló á Felipa convertida en una mujer.

Hallábase, en efecto, en ese bellissimo período de la vida, en el que la niña y la mujer se funden; en ese momento en que el candor de la niña colora las mejillas de la mujer cuando siente el fuego abrasador de la mirada de un hombre.

Resuelto Guido á emprender nuevos viajes, no la sacó del convento; pero fué á verla varias veces, y un dia . . . un dia sufrió el castigo del abandono en que habia dejado á su esposa, cuando su hija le preguntó por su madre.

Guido no tuvo más remedio que confiarle la verdad, y aquella conversacion arrancó muchas lágrimas á sus ojos.

Las súplicas de su hija le conmovieron profundamente.

—Ya repararé mi falta, hija mia, le dijo; y salió de Lisboa dispuesto á volver á su patria.

Pero en la travesía estalló una tempestad.

Los elementos se desencadenaron, la embarcacion, combatida por las encrespadas olas, zozobró, perdió sus palos, y en uno de sus golpes arrojó al abismo á algunos de los tripulantes más audaces.

Guido fué uno de ellos.

La noticia de su desastrosa muerte llegó á Lisboa; con todas las precauciones posibles fué transmitida á Felipa por la superiora del convento, y desde entónces su único anhelo fué buscar á su madre.

—Pobre niña, añadió Colon, enjugando una nueva lágrima que resbaló por sus tostadas mejillas; en la primavera de la vida, cuando nacian en su alma las ilusiones, cuando todo parecia sonreírle, dos sentimientos dolorosos turbaron su paz y llenaron de melancolía su corazon.

En aquella situacion de su espíritu, nos reunió la Providencia.

Los dos habíamos sufrido mucho, los dos sufríamos y debíamos comprendernos.

Para que ella pudiera salir del convento, necesitaba que su madre fuera á buscarla.

La superiora no tardó en conocer la inclinacion que sentia hácia mí; yo la hablé, y me tomó gran afecto.

La religion, representada por aquella santa madre, protegía nuestros amores; pero sin que la madre de Felipa los aprobase y bendijese, no podian realizarse nuestros deseos.

La noticia de la muerte de Guido llegó hasta ella y desde aquel momento su único anhelo fué recobrar á su hija.

Por algunos marinos, á quienes habia encargado que tomasen informes, sabia que estaba en un convento; y sin vacilar fué con su hijo á Lisboa.

Cuando ménos lo esperaba, aquella virtuosa mujer se presentó en el convento, identificó su persona, cubrió de besos y de lágrimas á su adorada hija, y me permitió darle el nombre de madre.

Nuestra felicidad debia alcanzarle tambien; y halló en nuestro cariño el premio de la constancia y la resignacion con que habia soportado sus desdichas.

El sacerdote bendijo nuestra union, y Felipa, su hermano Beppo y yo, formamos una sola familia y un solo hogar.

Creíamos que nada nos faltaba; pero no tardamos en sufrir escaseces, y no hay enemigo mayor de la felicidad doméstica que la zozobra del mañana.

Felipa era tan pobre como yo. Su padre habia gastado su patrimonio, y su madre habia tenido que vivir con el producto de su trabajo.

Nos unimos confiando en la Providencia.

—¡Ah! Sí, hijo mio, exclamó el prior Juan Perez de Marchena; ella es quien obra los mayores prodigios, nadie la invoca con la fe en el alma, sin conseguir su proteccion.

—Tanto es así, prosiguió Colon, que me dió fuerzas para redoblar mi actividad.

Nos amábamos, y era necesario que las privaciones no nos robasen aquella dicha que sentíamos.

Beppo era aún muy niño, no podia trabajar; pero estaba en el caso de aprender, y enseñarle cuanto sabia era para mí una satisfaccion, porque cumplia un deber y le abria el camino del porvenir.

La madre de Felipa queria ayudarnos con su trabajo; mi misma esposa aspiraba á emplear el tiempo con provecho pecuniario; pero yo no podia consentirlo.

¡Cuánto me costó disuadirlas de su empeño!

Y sin embargo, trabajaban, trabajaban para que nada fal-

tase en nuestro hogar, para que durasen los recursos que yo ganaba, proporcionándome con ellos el mayor número de comodidades.

¡El amor! ¡La familia! ¡Ah! Padre mio, perdonad que os lo diga: no hay, no puede haber un goce mayor en el mundo.

Yo trabajaba día y noche trazando mapas y fabricando globos y esferas, muy buscados entónces por los navegantes.

Los míos adquirieron alguna fama; eran, segun decian los inteligentes, los más perfectos, y me los pagaban bien.

¿Qué más necesitábamos?

En nuestra casa reinaba la paz, nuestras necesidades estaban satisfechas, nuestro amor iba á ofrecernos el más preciado fruto.

Mi hijo Diego nació, y con él se aumentó nuestra ventura.

El niño, que oía con religiosa atencion el relato de su padre, no pudo ménos de besar su mano.

—Sí, hijo mio, añadió Colon, tú viniste al mundo para colmar la felicidad de tus padres; aquella familia, estrechamente unida por el más acendrado cariño, te saludó con júbilo. De aquellos séres, solo quedamos tú y yo. . . . y mi pobre hermano, que nos espera.

—Segun eso, le interrumpió el prior, perdisteis á vuestra esposa.

—Sí, la perdí, y con ella se alejó la esperanza de mi corazón. Pero oid, que me quedan aún muchas desdichas que contaros.

CAPITULO IV.

El presentimiento del Nuevo Mundo.



A primera expedición que habia llevado á cabo el padre de Felipa, prosiguió el viajero, fué muy fructuosa para la ciencia.

—Yo, sin saber por qué, abrigaba la esperanza de hallar tierras desconocidas, y leía con avidez todas las descripciones de los viajeros.

Al mismo tiempo, no perdonaba una sola ocasion de hablar con los marinos, y hasta con los marineros que habian cruzado el mar en busca de aventuras.

Por la madre de Felipa supe que Guido habia tenido gran amistad con un célebre geógrafo florentino llamado Toscanelli.

Le habria escrito sus impresiones de viaje, y dirigiéndome á él, no solo logré que me trasmitiese las cartas del padre de mi esposa, sino que al saber mi profundo amor á la ciencia, me envió escritos suyos, en los que hallé nociones preciosísimas sobre los lejanos mares de la India, y los medios de rectificar los elementos, entónces confusos y fabulosos, de la navegacion.

La sociedad que se formó en torno mio se componia de los navegantes que habian llevado á cabo expediciones lejanas, de los que, aficionados como yo á la navegacion, participaban de mis creencias y soñaban con tierras desconocidas en medio del Océano.